

más aún en el de la pica, para que les pidiese trescientas de las que acostumbraban, con la única reforma de sustituir las navajas de pedernal con otras de cobre, conforme á la muestra que dió. Tobilla debería reunir, además, dos mil chinantecas y dirigirse con ellos á un lugar designado en que indios y españoles habian de combatir á Narvaez.¹

Los caciques de Chinantla se prestaron con gusto á esta demanda por el odio que tenían á los mexicanos. Aun permanecía entre ellos Barrientos. De los otros españoles que habian ido con Pizarro en busca de minas, Cervantes, Escalona y Alonso Luis ó Hernandez, alejándose de las montañas, trataban de enriquecerse con los preciosos frutos de las fértiles llanuras de la costa en que cultivaban grandes sementeras. El último habia llevado el mandato de Cortés, para que desamparasen el lugar y se restituyesen á México; mas léjos de cumplirlo, él mismo se quedó con los otros, prefiriendo á los azares de la guerra, el bienestar de Chinantla, en que pensaba hacer una fortuna más fácil, segura y pronta. Todos se volvieron adversos á su general, por el solo hecho de contravenir á sus órdenes, pues no podian ménos de recelar que serian castigados severamente, ó por lo ménos separados de aquel lugar que les habia salido tan á placer. Así es que cuando Pánfilo Narvaez llegó á la Isla de Sacrificios, acudieron á él los soldados últimamente nombrados, quejándose con amargura de Cortés, lo que, como era de esperarse, no disgustaba al comandante² de la escuadra de Velazquez.³

6.—No se condujeron del mismo modo los españoles que á las órdenes de Diego de Ordaz⁴ habian ido á poblar la

¹ Bernal Diaz, cap. 118.

² Torquemada, lib. 4, cap. 13.

³ Herrera, Déc. 2, l. 9, c. 18, dice que se quejaron de Cortés con Narvaez y da á entender que se quedaron con él.

⁴ Bernal Diaz dice que fué Ordaz quien los llevó á Goatzacoalcos; á la

provincia de Goatzacoalcos. Por haber regresado á México este capitán, habia quedado con el mando de las tropas Juan Velazquez de Leon, pariente del gobernador de Cuba. Los soldados eran ciento cincuenta, y pareciéndoles bien el pueblo de Tuxtepec, se establecieron allí pensando convertirlo en villa española.¹ Narvaez escribió al capitán una carta, persuadiéndolo á rebelarse contra Cortés; mas Velazquez, léjos de consentir en aquella traicion, remitió la carta original á su general, y tomando informes minuciosos de los intentos y fuerzas del enemigo, marchó en persona hácia México, llevando consigo una parte de sus tropas y dejando la otra de guarnicion en Tuxtepec.² Velazquez de Leon se unió con Hernando Cortés en Cholula y tomó parte con él en la sorpresa de Cempoala.³

Tobilla tambien cumplió satisfactoriamente con su encargo. Pidió á los chinantecas las armas y soldados que deseaba Cortés, y los indios, con prontitud extraordinaria, prepararon sus lanzas erizándolas de cortantes navajas de cobre y remitiéndolas sin pérdida de tiempo. Bernal Diaz dice⁴ que eran "muy extremadas de buenas." Tobilla, que fué el encargado de conducir las, con doscientos chinantecas llegó al campo de Cortés oportunamente, y las distribuyó y enseñó el modo de manejarlas, habiendo sido muy útiles en la batalla.

Llegada de Cortés los mandaba sin embargo Velazquez, como lo dice Cortés en sus cartas, pág. 110.

¹ Así lo dice Cortés, pág. 118 de sus cartas. "Así mismo (se informó Narvaez) de la gente que yo enviaba á Quacucalco, y como estaban en una provincia, treinta leguas del dicho puerto, que se dice Tuchitebeque, etc."

² Cortés en sus cartas, pág. 119, dice que Velazquez llevó todas sus tropas; pero es cierto que en Tuxtepec quedaron 60 ú 80 soldados, segun se verá despues. Bernal Diaz dice que eran éstos de los de Narvaez, cap. 160.

³ Cortés. Cartas citadas, pág. 123.

⁴ Bernal Diaz, cap. 118.

Esta se dió en la noche del 26 al 27 de Mayo de 1520. Cortés asaltó el campo de Narvaez y lo tomó en pocas horas. Barrientos, que había quedado en la Chinantla disponiendo las tropas de indígenas que había pedido Cortés, marchó, en efecto, el día que se le había señalado; mas por haberse adelantado en algunas horas el combate, no pudieron mostrar los indios su valor. Comenzaba á rayar el 27 de Mayo, y aun trascurrían los primeros momentos del triunfo, ¹ cuando los chinantecas, "entraron en Cempoala, dice Bernal Diaz, ² con muy gran ordenanza, de dos en dos, y como traían las lanzas muy grandes y de buen cuerpo, y teniendo en ellas una braza de cuchilla de pedernales, que cortan tanto como navajas, y traía cada indio una rodela como pavesina, y con sus banderas tendidas, y con muchos plumajes, y atambores y trompetillas, y entre cada lancero é lancero un flechero, é dando gritos y silvos, decían, viva el rey, viva el rey, y Hernando Cortés en su real nombre, y entraron muy bravosos, que era cosa de notar, y serían mil y quinientos, que parecían de la manera y concierto que venían que eran tres mil, y cuando los de Narvaez los vieron, se admiraron, é dicen que dijeron unos á otros, que si aquella gente los tomara en medio ó entraran con nosotros, que tal les pararan, y Cortés habló á los indios capitanes muy amorosamente, agradeciéndoles su venida, y les dió cuentas de Castilla, y les mandó que luego se volviesen á sus pueblos, y tornó á enviar con ellos al mismo Barrientos."

8.—Cortés regresó á México victorioso; mas ya el aspecto de esta ciudad había cambiado notablemente. Los mexicanos, perdida la paciencia, habían comenzado á hos-

¹ Algunos dicen que los chinantecas tuvieron parte en la batalla; Bernal Diaz, que fué testigo de vista, afirma lo contrario. Tal vez hayan prestado servicios en ella, los 200 que marcharon con Tobilla.

² Bernal Diaz, cap. 123.

tilizar á los españoles, siendo inútiles, para sosegarlos, los esfuerzos de Cortés. El desastre de la *noche triste* fué el término de aquella guerra, que por poco arroja por tierra los pensamientos levantados de Cortés. Este animoso caudillo, sin dejarse quebrantar por tamaña adversidad, con una perseverancia de héroe, procuró rehacerse en Tlaxcala de la espantosa derrota que en México había sufrido. La mayor parte de sus tropas había perecido, restándole apénas un puñado de soldados heridos y estropeados, que más bien parecían reclamar los cuidados de un hospital que alentar con el coraje de las batallas. Sin embargo, los pueblos aliados se mantenían fieles, y esta era una esperanza. Asido á ella Cortés, rehusó retirarse á pesar de las representaciones de sus tropas, obstinándose en permanecer en Tlaxcala, que fué desde entónces el centro de sus nuevas operaciones, cuya mira final era el sitio de Tenochtitlan. Seguirlo en todas sus campañas sería ajeno de esta obra; solo se dirá, por lo mismo, aquello que se relacione inmediatamente con Oaxaca.

La noticia de la derrota de los españoles en México había circulado velozmente, llevando por todos los pueblos el terror para los amigos de Cortés y el aliento para los que deseaban el triunfo de Moctezuma. En Tuxtepec había numerosa guarnición mexicana y juntamente algunos españoles en número de sesenta ú ochenta, ¹ que obedecían á un tal Salcedo, probablemente desde la separación de Velazquez de Leon. Los mexicanos, cobrando ánimo con los rumores que corrían, atacaron á los españoles, cuyo jefe se había descuidado en tan graves circunstancias. Todos murieron: sus armas y sus pieles curtidas fueron puestas en el templo de Tuxtepec como ofrenda de los indios á sus dioses. Entre los cadáveres estaban los de tres mujeres de Castilla que llevadas por los navíos de Narvaez ha-

¹ Torquemada dice que eran 160, l. 4, c. 78; Bernal Diaz dice que 60; cap. 157.

bian quedado allí. No solo éstos perecieron, pues que hallándose otros muchos españoles esparcidos en grupos de dos ó tres individuos cada uno, que buscaban minas ó llegaban de la isla de Cuba, sucesivamente fueron sorprendidos y muertos por los indios. Cortés dice que sucumbieron más de cien españoles,¹ en cuyo número se deben contar tres de los soldados que con Pizarro habían entrado en Chinantla. Se habían alejado demasiado de las montañas y fueron sorprendidos en los bajos de Tuxtepec; Barrientos escapó con vida, refugiándose entre los indios de Malinaltepec y de Yolos, hácia donde estaban las minas que había empezado á explotar. Los chinantèques no le faltaron en aquellas circunstancias difíciles: lo defendieron con brío de sus enemigos, formaron un grueso cuerpo de ejército y descendieron de la sierra buscando á los mexicanos, de quienes consiguieron algunas ventajas en las llanuras de la costa. Cortés, sabiendo lo que pasaba, envió también desde Tepeaca á Diego Ordaz y Alonso de Avila con algunos caballos y hasta veinte mil indios aliados, que hicieron algunas correrías matando cuantos podían y recogiendo armas, ropas, joyas y penachos de hermosas plumas; mas si obtuvieron algunas ventajas, la victoria estuvo lejos de ser completa: hubo necesidad de enviar segunda expedición con el mismo intento, despues de la toma de México.² Los capitanes Ordaz y Avila, á su regreso, dijeron á Cortés que los mexicanos habían peleado varonilmente, usando de picas largas, con la punta endurecida al fuego á la manera de las de los españoles.

¹ "E porque ciertas provincias que están en la costa del mar del norte á 10, 15 y á 30 leguas, dende que la dicha Ciudad de Temixtitan se había alzado, ellas estaban rebeladas, y los naturales de ellas habían muerto á traicion, y sobre seguro, mas de cien españoles." (Cartas citadas, pág. 304).

² Torquemada, l. 4, c. 78. Bernal Diaz, caps. 149 y 153.

9.—Si estos adversos acontecimientos hacian congojosa la situacion de Cortés, otros favorables no podian ménos de dar aliento á sus esperanzas. Aun no había terminado la campaña de Tepeaca y pueblos circunvecinos, cuando recibió á ciertos embajadores de Cosijoesa.¹ Hallábase de presente poblando á Izúcar que acababa de sujetar, cuando los representantes se le presentaron diciéndole que hablaban á nombre de ocho pueblos, debiendo llegar en breve los embajadores de los otros cuatro que restaban de la provincia:² se excusaron de no haber dado este paso ántes por el temor que les inspiraban los mexicanos; pero protestaron que nunca habían hecho armas contra los españoles ni concurrido á la muerte de ninguno de ellos, asegurando que desde que se ofrecieron como vasallos al rey de España, le habían permanecido leales y adictos de voluntad. Inútil fuera añadir que Cortés se lisonjeó con las mejores

¹ Cortés dice en sus cartas citadas, pág. 165: "Tambien vinieron de ocho pueblos de la provincia de *Coastoaca*, que es una, de que en los capítulos antes de este hice mencion, que habían visto los españoles, que yo envié á buscar oro á la provincia de Zuzula, donde, y en la de Tamazula, porque está junto á ella, dije, que había muy grandes poblaciones, y casas muy bien obradas, de mejor cantería, que en ninguna de estas partes se había visto: la cual dicha provincia de *Coastoaca* está quarenta leguas de allí de Izzucán." El anotador de estas cartas advierte que "Tamazula está en la provincia de Sinaloa á la costa del Sur." Clavijero nota el despropósito, t. 2, pág. 124, y explica, que *Coastoaca* es "Coixtlahuaca, llamada por los españoles *Justlahuaca*;" pero el mismo incurre en un error. Hay dos pueblos: el uno es mixteco y se llama *Justlahuac*, y el otro que pertenece á la provincia de los chochos en el centro de los mixtecas, se ha llamado y se llama *Coaixtlahuac*. No creo que *Coastoaca* fuese ninguno de estos dos pueblos, pues los mixtecas no fueron adictos á Cortés y en ese tiempo promovian á Cosijoesa una guerra cruel, precisamente por haberle enviado embajadores. Aun despues hostilizaron bastante á los españoles, como veremos. Así que, *Coastoaca* es Oaxaca ó Huaxyacac, en el valle de Zapotecas, y los embajadores fueron de Cosijoesa.

² Segun esto eran doce los caciques sujetos á Cosijoesa.

esperanzas, al escuchar las protestas de fidelidad de los zapotecas. "Puede Vuestra Alteza estar cierto, escribia con este motivo á Carlos V, que siendo Nuestro Señor servido en su real ventura, en muy breve tiempo se tornará á ganar lo perdido, ó mucha parte de ello, porque de cada día se vienen á ofrecer por vasallos de Vuestra Majestad, de muchas Provincias y Ciudades."

Tambien los chinantecas enviaron protestas de adhesion y fidelidad inviolable á Hernan Cortés. De los cinco españoles que habian penetrado en aquella provincia, tres habian perecido, salvándose Barrientos entre los indios amigos, como se tiene referido. El mismo amparo buscó y con la misma fortuna el otro soldado que se llamaba Cervantes. Barrientos, acaudillando cuerpos numerosos de chinantecas, descendia con frecuencia á los llanos de la costa y daba fuertes batidas á los mexicanos, saliendo vencedor muchas veces y retirándose á sus propias montañas cuando le era adversa la suerte. Pero nada sabian de los demás conquistadores, sino era lo poco que barruntaban de la conducta de los caciques de la Chinantla, que no les permitian alejarse solos fuera de sus montañas para evitar que les diesen la muerte sus enemigos, entendiendo que toda la tierra estaba en conflagracion, y que pocos ó ningunos españoles quedaban vivos. En tal incertidumbre pasaron cerca de un año, hasta principios de 1521. Repuesto algun tanto Cortés, los mismos caciques anunciaron á Barrientos que, segun sus noticias, habia en Tepeaca algunos españoles, proponiéndole aventurar dos indios, que caminando de noche y excusando atravesar lugares poblados, inquiriesen la verdad de los hechos, llegando al mismo pueblo de Tepeaca y hablando con los españoles si les fuese posible.

10.—Determinados á hacerlo, Barrientos escribió una carta concebida en estos términos: "Nobles Señores, dos ó tres cartas he escrito á Vuestras Mercedes, y no sé si han

aportado allá, ó nó: y pues de aquellas no he recibido respuesta, tambien pongo en duda habella de esta. Hagoos, Señores, saber: como todos los naturales de esta tierra de Culúa andan levantados, y de guerra, é muchas veces nos han acometido; pero siempre, loores á Nuestro Señor, hemos sido vencedores. Y con los de Tuxtepeque y su parcialidad de Culúa, ¹ cada día tenemos guerra, los que están en servicio de sus Altezas, y por sus vasallos son siete villas de los Tenez: y yo, y Nicolas siempre estamos en la Chinantla, que es la cabecera: mucho quisiera saber adonde está el capitan para le poder escribir, y hacer saber las cosas de acá. Y si por ventura me escribieredes de donde él está, y embiaredes veinte, ó treinta Españoles, irme ya, con dos Principales de aquí, que tienen deseo de ver, y hablar al capitan, y seria bien, que viniesen, porque como es tiempo agora de coger el cacao estorban los de Culúa con las guerras. Nuestro Señor guarde las Nobles personas de Vuestras Mercedes, como desean. De Chinantla á no se quantos del mes de Abril de mil quinientos, y veinte, y un años. A servicio de Vuestras Mercedes: *Hernando de Barrientos.*"

Los dos indios llegaron, en efecto, á Tepeaca y hablaron con los españoles que habia dejado Cortés para resguardo de la plaza, quienes los dirigieron á Tezcoco, en que se hallaba ya el general disponiendo el sitio de México. Cortés se alegró al recibir la carta, pues presumia que rebelados tambien los chinantecas hubiesen dado muerte á los dos españoles, y escribió á éstos dándoles esperanzas de que concluido el sitio de México les daria eficaz y abundante socorro. En efecto, la famosa capital de los mexicanos fué cercada por todas partes, combatida por un ejército de más de doscientos mil hombres entre españoles y aliados, y to-

¹ Los mexicanos.

mada, en fin, despues de un sitio de setenta y cinco dias en que por ambas partes se hicieron prodigios de valor.

II.—Entretanto, los mixtecas de Oaxaca habian hostilizado á los españoles que quedaron, en número de sesenta, resguardando Tepeaca ó “Segura de la frontera,” como la llamaba Cortés. El teniente que mandaba estas tropas quiso reprimir la osadía de aquellos indios que asaltaban los pueblos amigos y hacian notable daño á los tepeaqueños. Con treinta de los suyos y gran número de aliados entró, pues, en Oaxaca y peleó briosamente con los mixtecas, aunque con tan poca fortuna, que léjos de alcanzar la menor ventaja, hubo de volver la espalda retrocediendo algo más de prisa de lo que quisiera.¹

Con este motivo, luego que terminó el asedio de la capital, Francisco de Orozco, que era el teniente de Tepeaca, ocurrió á Cortés, representándole la necesidad de enviar una expedicion hácia Oaxaca, tanto para vengar la afrenta de su derrota, como porque así se abria el camino de la mar del Sur, que segun noticias, quedaba en esa direccion. Cortés tenia conocimiento de tan importante circunstancia y deseaba encontrar un paso hácia las islas de la “espece-ria:” fácilmente, pues, convino con Orozco. Además, coincidió con la venida de este capitán la de nuevos comisionados de los reyes zapotecas. Fué la causa, que habiendo sonado en todas partes el derrumbe de la gran Tenochtitlan, de los pueblos más lejanos llegaban los caciques ó sus representantes para contemplar las espantosas ruinas, asegurarse de la exactitud de un hecho que tenian por imposible y presentar sus respetos y sumision al vencedor. En fin, los soldados de Cortés querian recoger el fruto de sus fatigas: habian peleado como héroes, deseosos de adquirir gloria y

¹ Así lo dijo él mismo á Cortés, á saber, que “le habian fecho bol-ver, aunque no tanto despacio, como el quisiera.” (Cartas cit., p. 305).

riquezas: México habia sucumbido; todos los poderes de la tierra, despues de aquella espléndida victoria, se abatirian bajo sus armas; ante ellos se dilataban vastísimas comarcas sembradas de pueblos, cubiertas de vegetacion, ricas en metales preciosos; nada los detenia para enseñorearse del continente y acopiar tesoros inmensos.¹ Cediendo, pues, Cortés á las repetidas instancias de los suyos, organizó cuerpos expedicionarios que marchasen en varias direcciones.

A Gonzalo de Sandoval dió treinta y cinco caballos, doscientos infantes españoles y gran número de indios, señalándole el camino de Tuxtepec: en él debia vengar graves injurias. Durante la guerra pasada, las guarniciones mexicanas habian acometido y muerto á los enemigos residentes en Tuxtepec; vencida la capital, la lucha carecia de objeto, por lo que aquellas guarniciones se dieron de paz.² A pesar de esto, Sandoval aprehendió á uno de los mexicanos y lo hizo quemar. Acaso haya contribuido á tan cruel ejecucion la vista de los despojos de los españoles que aun permanecian en el templo en que los indios los habian ofrecido á los ídolos. Era éste una especie de torrecilla en que los españoles habian buscado un refugio al ser perseguidos, encontrando una muerte de hambre y de sed, los que no sucumbieron á las heridas. Sandoval estuvo algunos dias en la desventurada fortaleza, ocupándose en recoger á los mexicanos culpables de la rebelion; mas solo á uno castigó, pareciéndole prudente perdonar á los otros.

¹ Qué tales eran las ideas dominantes de los conquistadores, se percibe fácilmente leyendo la obra del sincero Bernal Diaz.

² Así lo dice Cortés en sus cartas, pág. 305. “Y el Alguacil mayor, dende á veinte, y cinco dias me escribió, como habia llegado á la Provincia de Guatuzco: y que aunque llevaba harto recelo que se habia de ver en aprieto con los enemigos por ser gente muy diestra en la guerra, que habian salido de paz.” Esto mismo repitió en otra carta escrita quince dias despues, asegurando que toda la tierra estaba de paz, por lo que Cortés mandó poblar Tuxtepec.